Catecismo Católico

BX1965
.A7
1898

1020132423

A mi estimado
amigo
Ismael P. Maldonado

J. T. Mercader

Febrero 11 de 1907

Monterrey

EXPLICACIÓN

DEL

CATECISMO CATÓLICO

JHS

EXPLICACIÓN

DEL

CATECISMO CATÓLICO

BREVE Y SENCILLA

por el

R. P. ANGEL MARÍA DE ARCOS

de la Compañía de Jesús.

PUBLÍCASE CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

MÉXICO
HERRERO, HERMANOS EDITORES
4, Avenida del Cinco de Mayo, 4
1898

BX1965
.A7
1898
0136-16060

Imprimatur.
Matriti, die 15 Maii, 1898.

JACOBUS VIGO, S. J.
Praep. Provinciae Toletanae.

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

FONDO
PEREZ MALDONADO

2970. Establecimiento tipográfico de A. Avrial, impresor del *Apostolado de la Prensa*, San Bernardo, 92, teléfono 3022.

25 OCT 00 AG

PRÓLOGO

Vamos á explicar el Catecismo católico, que dimos á luz en Marzo de 1896, compuesto con Ripalda y Astete, revisados nuevamente y añadidos, valiéndonos ahora de su tercera edición, en que se redujo notablemente el volumen y el precio, y se hizo alguna ligerísima enmienda (1).

Nos movió á escribir aquel librito el deseo de completar la instrucción catequística de los niños, y por consiguiente del pueblo fiel, dondequiera que se hable la lengua castellana. Porque no creemos ser por nadie desmentidos, si aseguramos que los libritos de Doctrina, usados hasta aquí para la primera y segunda enseñanza, son ya insuficientes; si se ha de prevenir á las almas contra los peligros de estos tiempos, según lo ordena el Papa León XIII en sus Encíclicas, y lo reclama imperiosamente la caridad de Dios y del prójimo.

¿Acaso se suplirá ese defecto en la mayor edad? Los documentos Apostólicos y aun los Episcopales, no llegan á noticia de los más, y mucho menos son quienes con ellos apren-

(1) Cinco céntimos cuesta el ejemplar, y el millar cuarenta pesetas. Administración del Apostolado, Plaza de Santo Domingo, 14.

den lo que necesitan. Suelen leerse en periódicos que los desfiguran y desautorizan, sometiéndolos á su propio criterio; con que apenas queda sino una vaga reminiscencia de que el Papa habló, v. gr., del liberalismo y francmasonería, ó contra el comunismo y socialismo. Desde el púlpito, sea por una causa ó por otra, si se tocan esas materias, no se baja al terreno de la práctica, ó sólo asisten los que menos lo necesitan. Es un hecho, que la generalidad de los fieles no sabe de Doctrina más de lo que aprendió en la niñez; y otro hecho, que mientras en el Catecismo no ven nada contra esos errores modernos, juzgan que el hablar en pro ó en contra de ellos es cuestión de partidos, en que cada cual es libre de sentir y obrar como mejor le parezca.

Urge que el librito de Doctrina esté suficientemente completo. En el siglo XVI, al aparecer los protestantes, esparcieron catecismos heréticos entre los niños, y para atajar esa peste se publicaron multitud de Catecismos católicos. El abate Francisco Gustá, en el juicio crítico que de ellos dió, cuenta cuarenta y cuatro en italiano, sesenta y cuatro en francés, sesenta y cuatro en español, veinticinco en alemán, trece en otras lenguas europeas, y cincuenta y cinco para las Misiones de Oriente y Occidente.

Nota que en España los más generalizados fueron el de Leppe, Obispo de Calahorra; el de Vives, menor Observante, y los de Ripalda, Astete, Ledesma y Calatayud, Padres, todos cuatro, de la Compañía de Jesús, como lo fué el mismo Padre Gustá; el cual añade que los catecismos españoles, notables por su sana doctrina y claridad, eran, sin embargo, más breves y elementales que los de otras naciones. En éstos se armaba á los católicos contra los herejes é incrédulos, lo cual entonces hacía inútil entre nosotros la Unidad católica.

Pero ésta ya no existe, y un diluvio de herejías inunda, sin dique que lo contenga, nuestro suelo. ¡Si al publicar Pío IX el *Syllabus* en 1861, se hubiera completado el Catecismo español, otra sería la generación actual, y no se hubieran condenado tantas almas!

Ni hay, como alguien piensa, que aguardar al Catecismo,

que para los católicos de todo el mundo proyectó el Concilio Vaticano, como en el Tridentino salió otro extenso para los párrocos; porque van pasados veintiocho años, y ni hay trazas de que aquel deseo se realice pronto, ni sufre espera la necesidad de los pueblos.

Así lo han entendido el Cardenal de Toledo Sr. Payá, el de Santiago Sr. Cuesta, el de Valladolid Sr. Sanz y Forés, y luego el Sr. Casanueva, Canónigo de Madrid, el Sr. Tobías y Ruíz, cura de San Asensio, y otros, que en España y fuera de España han ido, en una ú otra forma, ampliando la enseñanza catequística; tanto que hasta en Roma el Canónigo Schüller ha impreso el *Belarmino* en 1890 con no pocas adiciones, manifestando el mismo León XIII su deseo, de que, así añadido, lo adopte toda Italia, y tenga un mismo Catecismo.

Y ciertamente la uniformidad, siquiera en los que hablan la misma lengua, es otro bien, no tan necesario como el ya expuesto, pero sí de la mayor conveniencia.

Lo intentó entre nosotros el santo Arzobispo Sr. Claret; rogó á sus hermanos en el Episcopado español le remitiesen cada cual el Catecismo de su diócesis, y *quedamos*, dice, *asombrados al ver la multitud y diversidad de ellos* (1). Escogió *seis:* envióles á Pío IX, y le suplicó aprobase *uno* para todo el reino. La respuesta fueron cuatro condiciones que ha de llenar un libro de esa clase, y los defectos de que adolecían los seis, inclusos Ripalda y Astete. Nadie se escandalice: la doctrina era católica; pero á éste faltaba, á aquél sobraba, ó la expresaban sin bastante exactitud ó claridad. El ilustrísimo Sr. Claret compuso el suyo, mas no logró la apetecida uniformidad. Esta, por otra parte, se hace más urgente al paso que crece la movilidad de las familias. Trasladándose de una á otra región, los padres y maestros no saben el mismo Catecismo que aprenden en la escuela sus niños, ni éstos á veces el de sus condiscípulos. En una misma ciudad hallé, este año pasado, en la santa Misión, niños que respondían por cuatro: cada escuela por uno diverso.

---

(1) Prólogo á su Catecismo, 1868.

Ocurrirá tal vez que no es camino para uniformar el Catecismo aumentar con éste el número, y que al Episcopado español toca el señalar, si lo cree oportuno, el que todos aprendan. Así es: ni abrigamos la pretensión de que se adopte el nuestro en todas partes, ni hubiéramos puesto mano á la obra, á no reparar con dolor que ninguno, incluso el Claret, como anterior á la ruptura de la Unidad católica, enseñaba nada contra los enemigos actuales de la Iglesia. Pero oyendo á nuestros Obispos estimular desde Sevilla á que se dé más extensión al Catecismo (1), y observando el juicio que los mejores de España merecieron á la Congregación Pontificia, ¿á quién parecerá mal que tratáramos de ajustar el nuestro á las cuatro condiciones que Pío IX propuso, y lo ofreciéramos reverentemente á los Prelados y á los fieles, después de examinado, aprobado y recomendado por el Arzobispo Obispo de la diócesis donde se imprimía? Ni sólo en la de Madrid, sino en otras de España y América ha obtenido igual acogida; y, dado á los seminaristas, se ha declarado, como en Cádiz y Bolivia, Catecismo diocesano.

Pero se tropieza con la dificultad de un cambio en libro como éste. La dificultad tiene más de aparente que de real. En cuanto á la doctrina contra los errores modernos, no hay tal cambio, sino una adición exigida por el triste cambio de nuestra sociedad; y en cuanto á lo demás, para los niños que empiezan, tan nuevo es un Catecismo como otro; á los que saben el antiguo no es preciso aprender en esta parte el nuevo, y de todos modos al poco tiempo desaparece en la escuela ó colegio aquel obstáculo.

A los maestros sí repugnará enseñar un libro que ellos no aprendieron; pero qué, ¿no se les fuerza hoy día, á cada paso, y por cierto sin razón tan plausible, á mudar el texto de otras asignaturas? Precisamente para facilidad de todos se han respetado hasta las palabras de Ripalda ó de Astete, sin disputa los más usados, según que en uno ó en otro nos pareció mejor propuesta la doctrina, y no cambiando sino lo

(1) Secc. 2, § 2 del Congreso católico.

indispensable para que desapareciesen los defectos que con tantas ediciones y adiciones habían afeado el texto primitivo, y otros que descubre el tiempo en toda obra humana. Aún hubiéramos modificado alguna cosa más, y otros descubrirán no pocas faltas en el nuestro. Con todo, y sea dicho para satisfacción de los que lo usen, ningún Prelado nos ha advertido ninguna.

Por lo demás, pues se trataba de completar, fuerza era aumentar el Catecismo, pequeño, así y todo, si se compara con los extranjeros, y casi igual al Ripalda anteriormente añadido.

Lo que está sin asteriscos forma por sí solo un Catecismo sumamente breve, pero suficiente á quien no es capaz de aprender lo restante de memoria; ni el Complemento ni el Apéndice, que se reservan para los más aprovechados.

En el reciente Congreso Eucarístico de Lugo reconocen de nuevo nuestros señores Obispos la necesidad de que se añada algo á los Catecismos, y particularmente en lo que concierne al Misterio de nuestros altares. Eso mismo hemos procurado al tratar de la Santa Misa y de la Sagrada Comunión.

Respecto á la *Explicación* que aquí se pone, no va á ser un tratado de Teología dogmática ni moral, ni de apología ó controversia, ni de oración ó devoción; sino precisamente, como el título del libro anuncia, breve y sencilla. Por eso escasearemos las citas, como no sea en determinados puntos para satisfacción del que lea y por si gusta consultarlas; y atendiendo á ser útiles antes que agradables, nos detendremos más en unas cosas que en otras.

El Papa León XIII decía á la Iglesia católica en 1890: «Juzgamos sobremanera útil, y por extremo conforme á las circunstancias de los tiempos, el esmerado estudio de la Doctrina cristiana, según el talento y capacidad de cada cual, empapando su inteligencia con el mayor conocimiento posible de aquellas verdades que atañen á la Religión y por la razón pueden alcanzarse.» Y San Agustín escribió: «Es útil que las mismas materias sean tratadas por muchas perso-

nas, en diversas maneras y con estilo diferente, con tal que se defienda siempre la verdad. De este modo llegan esas verdades á noticia de muchos más, á unos por medio de un libro, á otros por otro. Acaece que algunos á cuyas manos no vinieron los libros antiguos en una materia, se la encuentran en alguno reciente (1).» Católicos, aprendamos cuanto antes la doctrina de nuestra Madre la Iglesia contra los errores y sectarios modernos, si no queremos caer en sus lazos, y perder la gracia de Dios, la fe, y el alma para siempre.

Sobre el texto de la doctrina cristiana.

Sirve este texto, no sólo para aprenderlo de memoria, sino también para el ejercicio diario del cristiano. En él, preparados con el recuerdo de que somos hijos de la santa Iglesia, empezamos con la señal del cristiano, persignándonos y santiguándonos; luego, rezando el Credo, hacemos profesión de nuestra santa fe; con el Padre nuestro oramos á Dios, nuestro Señor y nuestro Padre; con el Ave María y la Salve á la Madre de Dios, y con el Gloria alabamos á la Santísima Trinidad. Al decir pausadamente los Mandamientos, por la mañana se hacen los propósitos de observarlos aquél día, insistiendo cada cual en el que le sea más difícil; y por la noche se examina en qué hemos faltado, deteniéndose más en lo que toca á la pasión dominante. Cuando repetimos los Novísimos, es bueno considerarlos un rato, y nos hemos de mover á detestar nuestros pecados, rezando la confesion general, y luego, mirando devotamente el Santo Cristo, el acto de contrición, acompañando el afecto á las palabras.

Los Sacramentos se dicen para recordarlos, y agradecer al Señor el haberlos instituido. El aviso que después se pone,

(1) Lib. 1 *De Trinit.*, c. 3.

nos anima á practicar la caridad, enseñando estas cosas á algunos, que, ó por una cosa ó por otra, no se espera puedan aprender la declaración del texto.

A estos, después de repetirles y preguntarles, uno por uno, los cuatro puntos que allí se expresan, diciéndoles que los *crean* porque Dios, que ha hecho el cielo y la tierra, Señor de todos, los dice; y después de ayudarles para que se confiesen y comulguen, porque Dios lo manda; explicándoles que el confesor perdona en nombre de Dios, y que Dios hecho hombre, ó sea Jesu-Cristo, está en la Hostia consagrada, y que se le recibe en ayunas; se les encarga lo que sigue: 1.º Que se junten con otro que sepa, para rezar. 2.º Que los domingos y fiestas asistan á Misa y al sermón ó doctrina. 3.º Que eviten la ociosidad, y no hablen ni hagan nada malo. 4.º Que al menos cada Cuaresma se confiesen, y comulguen en la parroquia. 5.º Que antes de acostarse se santigüen y luego digan muy de veras: «Señor, pequé, tened misericordia de mí.—Madre de Dios, rogad por mí»; y 6.º que, si caen enfermos ó cuando traten de casarse, lo avisen al párroco.—Con esto quedan esos pobrecitos suficientemente enseñados para ganarse el cielo; pero los que no son tan *incapaces* deben aprender más doctrina; ya para entender bien lo que en el Credo y oraciones no hace más que indicarse; ya para saber lo que en los Mandamientos sólo se apunta, para poder recibir con más fruto los Sacramentos, y por fin, para no dejarse engañar de tantos herejes é impíos, como en este siglo esparcen por todas partes sus funestos errores. La doctrina cristiana nos ha venido del cielo, y es también, por las verdades que encierra, más sublime, provechosa y necesaria que todas las ciencias humanas, sin las cuales puede uno ser virtuoso y feliz, pero no sin esta doctrina de que es resumen el Catecismo católico.